

PRISCILLA KRAM



SUSANA RICO CALLEJA



**El misterio
de los gatos
desaparecidos**

Para Ana y Amador. Gracias por estar ahí.
Para el Ceip La Axarquía de Vélez Málaga.
Para el Ceip Andalucía de Vélez Málaga.
Para el Ceip Blas Infante de Torre del Mar.
Para el Ceip Narixa de Nerja.

Gracias.

Quien escribe esta historia está en contra del maltrato animal
y de la experimentación con animales.

Priscilla Kraim 2
El misterio de los gatos desaparecidos

Primera edición: Noviembre 2014
ISBN: 978-84-942457-4-9
Depósito legal: M-25105-2014

Coordinación editorial: Delia López
Corrección editorial: Antonia Cuenca
Ilustraciones: Susana Rico Calleja
Diseño cubiertas: Susana Rico y Regina G. Cribeiro
Diseño y maquetación interior: Regina G. Cribeiro

© Susana Rico Calleja, 2014
© Ediciones Idampa, 2014
por la edición en lengua castellana

Ediciones **IDAMPA SL**
Apdo Correos 188
28660 Boadilla del Monte, Madrid, España

www.edicionesidampa.com

info@edicionesidampa.com

Impreso en

<<Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/ 93 272 04 45).>>

PRISCILLA KRAM



**El misterio
de los gatos
desaparecidos**



libros para niños de 6 a 99 años

PRÓLOGO

Me llamo Priscilla Kraim, estoy en quinto de primaria y dentro de un curso y medio pasaré a primero de la ESO. ¡Qué ganas! Dicen que el instituto es muy difícil, pero creo que no será más duro que este año en el que los chicos no han hecho otra cosa que sacarse mocos y usarlos como proyectiles contra nosotras. ¡Ay, qué complicado es esto de la edad del pavo! Y más para las chicas.

Menos mal que tengo a mis amigas, mi móvil y todos esos casos que se nos presentan. Ah, no te lo había dicho, ¿verdad? Soy detective, como mi padre. De hecho, si ha resuelto tantos casos ha sido gracias a mí. No es por alardear, pero soy bastante lista y me fijo mucho en los detalles: dos cualidades imprescindibles para ser un buen detective. El caso que nos ocupa hoy es, como siempre, la mar de interesante. Así que ¿por qué no comenzamos ya?





—¡No, no y no! ¡IMPOSIBLE!

Ese «No, no y no» iba dirigido a mi padre después de afirmar que si *Dardo* no aparecía era porque se había ido de ligoteo.



¡¡¡I M P O S I B L E!!!!

¿Por qué? Porque *Dardo* está operado y todo el mundo sabe que los gatos operados solo se preocupan de dos cosas: comer y dormir.

Pero si no se había ido en busca de novia, ¿entonces, ¡qué!? ¿Lo habían secuestrado? Ni idea. Sé que resultaba un poco extraño. *Dardo* no es trapecista ni puede hablar ni ve el futuro en una bola de cristal ni es mago ni inventor ni astronauta ni muge en lugar de maullar, y tampoco le ha tocado la lotería como al perro ese que sale en la tele.

Dardo es un gato de lo más común: pardo, atigrado, cariñoso y arisco a partes iguales, y, sobre todo, muy glotón. Teniendo esto en cuenta..., ¿quién iba a querer secuestrarlo? Pero ¿qué otra cosa podía pensar? ¿Que lo habían atropellado con un coche? ¿Que se lo había comido alguien o algo? ¡No, por Dios! ¡¡¡Eso JAMÁS!!! ¡JAMÁS DE LOS JAMASES!

Y después de darle muchas vueltas aquella mañana, me dije: «Tengo que encontrar a mi gato sea como sea». Y como no tenía ningún asunto más entre manos, decidí entregarme a fondo al caso más difícil y peligroso que he tenido en mi vida. Sí, sí, difícil y peligroso, aunque no lo parezca.



La primera regla que hay que tener en cuenta para ser un buen detective es que hay que interrogar a todos los posibles testigos.

Mi padre era el primer posible testigo, pero seguía empeñado en que *Dardo* se había ido a buscar novia. ¡Qué tragedia más grande habría sido si me hubiese mostrado de acuerdo con él y me hubiera cruzado de brazos!

—Papá, ¿sabes dónde puede estar *Dardo*? —le pregunté por enésima vez.

Y, por enésima vez, la respuesta de mi padre fue:

—Priscillita, cariño, estará haciendo *Darditos* por ahí. No te preocupes tanto y, ahora, déjame, que estoy ocupado con algo importante.

Desde luego, los mayores tienen un sentido de la importancia muy relativo. ¿Desde cuándo ver la tele era algo importante? ¡Ah, sí! Ahora me doy cuenta. Los programas que ellos ven son importantes, la mar de importantes. ¡Los nuestros son una pérdida de tiempo!

—Pero, papá, vamos a ver, ¿qué es más importante?: ¿saber lo que le ha pasado a *Dardo*, que es un miembro de nuestra familia, o estar al tanto de lo de la fuga del Bigotes? Sí, lo sé. El Bigotes es un famoso ladrón de bancos que no hace mucho que escapó de la cárcel más segura de todo el país. Pero *Dardo* es... ¡¡NUESTRO GATO!!



Mi padre, ni caso. ¡Pobre *Dardo*! Espero, por su bien, que nunca llegue a enterarse de que mi padre no consideraba su ausencia como algo importante. O mejor dicho, por el bien de mi padre, porque cuando *Dardo* saca las uñas...

Después del interrogatorio, que apenas duró quince segundos, me fui a poner carteles de «Se busca» con la foto de mi gato por toda la ciudad. Estuve empapelando edificios, cabinas telefónicas, farolas, etc., desde por la mañana temprano hasta por la tarde.

Por fortuna, después de un día la mar de agotador, había conseguido averiguar algo importante.

Lo primero que descubrí fue que por todas partes había carteles de gatos perdidos y eso me ayudó a deducir que algo extraño debía de estar ocurriéndoles.



Dardo sería una víctima más, sin duda. Las clínicas veterinarias estaban a reventar de estos anuncios. Habría..., no sé..., cientos, puede que miles de carteles de gatos desaparecidos, mientras que de perros apenas vi. Curioso. Muy curioso. E intrigante. Muy intrigante.

¿Se trataba de una epidemia? ¿Un virus que acababa únicamente con la vida de los gatos? ¿Habría algún automovilista fantasma que se dedicaba a atropellarlos por las noches? ¿O, tal vez, estaban siendo abducidos por los extraterrestres? De momento, andaba tan perdida como una gota de lluvia en el océano.

Entre todos aquellos anuncios de gatos perdidos, había otro que decía: «Si ya no quiere a su gato, llámenos», y lo acompañaba un número de teléfono. Ese mismo anuncio también lo vi por toda la ciudad.

Opino que el móvil ha sido, junto con la montaña rusa, uno de los grandes inventos de la humanidad. Si nombro la montaña rusa es porque me encanta. Esa mezcla de miedo y euforia que te provoca un cosquilleo en el estómago y que hace que no puedas parar de mover los pies y soltar grititos tontos.



Y también me encantan los móviles. Yo no sé qué haría sin el mío.

La segunda regla dice que todo buen detective lleva siempre encima su móvil. Cargado, por supuesto, y con saldo, eso también. Porque un móvil sin batería y sin saldo no sirve para nada.

Saqué el mío del bolsillo, empecé a teclear los números que había visto en aquel anuncio y aguardé la señal. Tras el cuarto pitido, saltó el buzón de voz. Volví a intentarlo pasados treinta segundos, con el mismo resultado. ¡Vaya! Y al tercer tanteo me quedé sin saldo. ¡Menuda lata!

Tercera regla: un buen detective no usa móvil de tarjeta.



Y mientras salía de la clínica para volver a casa, me hice un apunte mental: hablar de eso mismo con mi padre.

—¿Qué hay de nuevo, Prisci?

Solo hay una persona en el mundo que me llame así: mi amigo Ron. En verdad, se llama Ronualdo, pero todos los que lo conocemos pensamos que, entre otras cosas, su nombre es bastante largo, por lo que se ha quedado con Ron.

Ron va a mi clase y, que yo sepa, es el único chico que no se saca los mocos y los pega debajo de la mesa. Por eso lo soporto. Bueno, por eso y porque, normalmente, hace todo lo que le digo.

—¿Cómo andas, Ron?

—Con dos piernas, je, je.

El sentido del humor de Ron es bastante pobre.

—No te he preguntado con qué, sino cómo. La respuesta correcta habría sido: primero, avanzando un pie y, luego, el otro. —Toma, eso por listillo.

—¿Has encontrado a tu gato?

—¡No! —Me ponía de mal humor que me lo recordaran.

—¡Vaya! Parece que vas a necesitar mis servicios.

—Sí, por supuesto. Tus servicios como mayordomo. Ve a mi casa y empieza a recoger mi cuarto.

—Eres muy antipática, Prisci.

—Y tú... ¡Mejor me callo! —Y entonces lo pensé mejor—. ¡Oye! ¿Tu móvil tiene saldo?

—¡Sí! —repuso Ron. Dio la vuelta con su bici y se acercó a mí pedaleando—. Si te lo presto, ¿me nombrarás detective?

—¡Ni hablar! Aquí la detective soy yo. A ti te nombro ayudante de detective.

—¿Y podré tener mi propio carné de detective?

—Eso tendrás que ganártelo. Puedes empezar prestándome tu móvil.

—¡Hecho! —dijo, y lo sacó del bolsillo y me lo tendió con una sonrisa de ceja a ceja.



Desde el móvil de Ron, volví a intentar llamar a aquel extraño número unas cuantas veces, hasta que por fin...

—Recoge gatos, buenas tardes —contestó un señor que, a pesar de su ronca voz, parecía simpático.

—Bu-buenas tardes. —Y me quedé callada porque no me esperaba que esta vez fueran a cogerlo tan pronto.

El hombre habló por mí.

—¿Desea deshacerse de su gato? —preguntó.

—No —dije al cabo de unos cuantos segundos—. Yo estoy buscando al mío. Se llama *Dardo* y...

—Lo siento, muchacha. Nosotros no buscamos mascotas desaparecidas, nos limitamos a recoger gatos cuando sus dueños ya no los quieren.

—¿Y no creen que pueden haber entregado el mío por error? Tal vez, se lo encontraron y...



—Imposible. Nosotros no recogemos gatos que nos encontramos por ahí. Solo aquellos cuyos dueños nos llaman para ello.

Cuarta regla: la curiosidad es una cualidad que siempre acompaña a todo buen detective. Y yo soy muy buena detective y, por consiguiente, muy curiosa. De modo que pregunté:

—¿Y qué hacen con ellos?

—Les buscamos un nuevo hogar —dijo el hombre tomándose su tiempo.

¡Vaya, qué buenas personas!

Pero aún tenía más preguntas.

—De modo que si tengo un gato del que ya me he cansado, puedo llamarles y pedirles que vengan a por él y ustedes le buscan un nuevo hogar.

—Exacto.

—¡Ah! ¡Qué bien! —Me parecía bastante consolador para aquellos animales cuyos dueños se hartaban pronto de ellos. Para tales dueños tenía un nombre que no es necesario manifestar aquí—. ¿Y cuánto cuesta?

—¿Cómo?

—Quiero decir que cuánto hay que pagar para que vengan a recoger al gato a tu casa.

El hombre al otro lado de la línea estalló en carcajadas. ¡Vaya, ni que le hubiese contado un chiste!

—Nada, muchacha. Lo hacemos gratis.

—¿Y perros? ¿También hacen eso mismo con los perros?

—No, solo con los gatos. ¿Tienes algún gato del que te quieras deshacer?

¡Con lo que quería yo a *Dardo*! ¡Ni hablar! ¡Llevaba unos días sin saber nada de él y solo de pensar que podría haberle ocurrido algo, me ponía enferma! Como para dárselo a otra familia de la que nunca sabría si lo cuidarían bien.

—No —repliqué, y nos despedimos.

En cuanto colgué, Ron me interrogó:

—¿Qué te han dicho?

—Que recogen a los gatos que la gente ya no quiere y les buscan un nuevo hogar.

—¿Y te han comentado que lo hacen gratis?

Me encogí de hombros.

—Sí.



—Y ¿tú te lo crees?

¡Vaya! ¿Por qué no? ¿Acaso podría haber otra razón?

Ron me lo explicó y fue un error muy grave por mi parte no haber caído en ello.

—¿Conoces a alguien que haga un trabajo gratis? Ir a por un gato a un sitio, luego llamar a alguien por si lo quiere y llevárselo requiere gastos. O sea, que estos tíos, encima, perderían dinero.

—¿Qué quieres decir?

—Que, en mi opinión, no se dedican a buscarles un hogar.

A pesar de mi cara de espanto, Ron continuó:

—Es más probable que con los gatos hagan salchichas o comida para perros o algo así. No sé, abono, tal vez. Algo que les reporte beneficios.

—¡RON! ¿Cómo puedes ser tan bruto? —Me ponía los pelos de punta pensar que *Dardo* podría haberse convertido en salchichas, en comida para perros o en cualquier otra cosa.

—No te preocupes, Prisci. Ahora me tienes a mí. Con mi ayuda seguro que lo averiguamos.



—Muy bien. Pues dame otra vez tu móvil.

—¿Otra vez? Me vas a dejar sin saldo, tía.

—No haberte ofrecido a ayudarme.

—¡Está bien!

Pulsé el botón de rellamada y esperé. En cuanto me saltó el buzón de voz, colgué y volví a llamar. Así unas cuantas veces, hasta que el saldo del móvil de Ron llegó a su fin.

—¡Jo, tía! ¿Y ahora qué les digo yo a mis padres? Me van a matar por haber agotado el saldo tan pronto.

Un buen detective tiene salidas para todo. Esa es la quinta regla. Y así se lo hice saber. ¿No quería ser detective? Pues que fuese aprendiendo.

No se quedó muy conforme con la explicación, pero al menos dejó de rallarme con ese asunto.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió.

—Ahora tienes que llevarme a casa.

Ron puso unos ojos como satélites.

—¿En la bici?

—Sí, claro —contesté—, a no ser que prefieras prestármela y luego vayas a mi casa andando para recogerla.

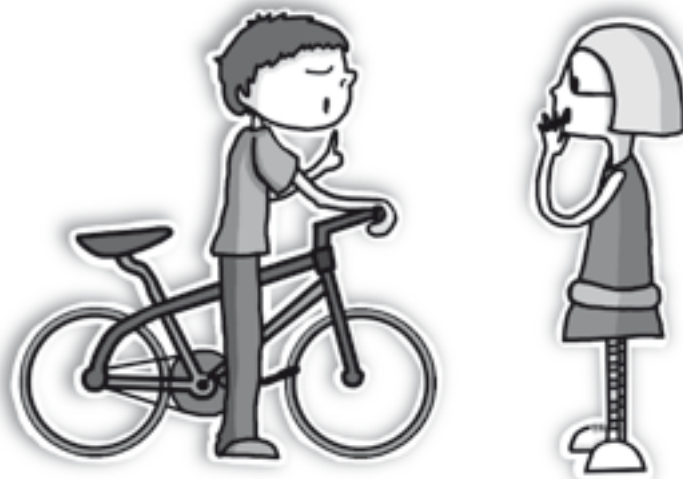
—Pues va a ser que no.

—Lo imaginaba.

Y entonces me senté en el sillín y Ron empezó a pedalear hacia mi casa . Debo decir que íbamos un poco incómodos. Sobre todo yo, que mi nariz quedaba a pocos centímetros de su culo. Me acuerdo de que le advertí que como se tirara un pedo se quedaba sin bici y sin carné de detective. Por fortuna, Ron tiene mucho apego a su medio de transporte y también a eso de conseguir el carné.

Llegué a casa con el trasero hecho polvo y me lo froté en cuanto me bajé de la bici. ¡Menudo sillín tan incómodo! Iba a tener que decirle que pusiera uno más confortable.

Saqué la llave para abrir la puerta de la verja, cuando mi padre salió al porche corriendo como un loco.



—¡Priscillaaaaaaa! ¡¡¡¡PRISCILLAAAAAAA!!!! —¿Qué pasaba? ¿Un incendio? ¿Mi casa se había llenado de fantasmas? A juzgar por aquel vocerío, debía de ser algo grave y me asusté.

—¡Señor Kraim! ¿Está usted bien? —quiso saber Ron, alarmado. Y es que mi padre acababa de sufrir una caída de las suyas, es decir, espectacular.

Debido a la magnitud del castañazo, aunque estoy ya más que acostumbrada a ellos, yo también me preocupé. No obstante, antes de que llegáramos a su lado a todo correr, mi padre ya había conseguido ponerse en pie.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! ¡Entra en casa, Priscilla! ¡Entra!

Por su euforia pensé que el salón de mi casa estaba lleno de aliens tomando el té. ¡Qué chasco me llevé al verlo vacío!

Me indicó que me sentara. Ron, intrigado, también lo hizo a mi lado.



Ambos nos miramos y nos encogimos de hombros.

—Pero ¿qué pasa?

—Nada, hija, nada. No pasa nada.

¿Entonces? ¿Se había vuelto loco?

Desapareció por el pasillo en dirección a la cocina y, al poco, regresó con una caja grande de cartón entre las manos.

—Toma —me ofreció todo orgulloso.

Cogí la caja, que no tenía tapa, y miré lo que había dentro.

—Papá, ¿qué es esto?

—¡Qué mal andas en biología, Prisci! —objetó Ron acariciando al animalito, muy sonriente.

—¡Ya sé que es un gato! Lo que quiero saber es para qué o por qué.

Mi padre se explicó:

—Como echabas tanto de menos a *Dardo*...

—Sí, papá, pero este gato no es *Dardo*.

—Oye, si no lo quieres, me lo llevo —intervino Ron.

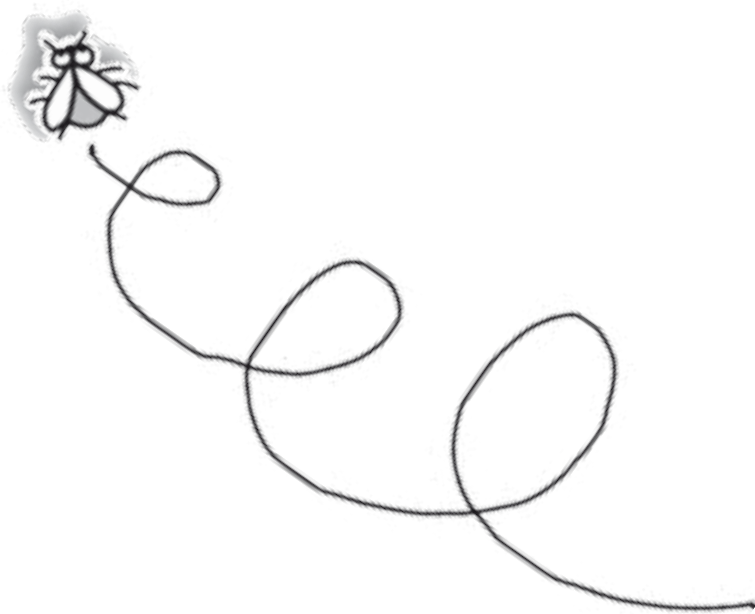
—¿Quién ha dicho que no lo quiera?

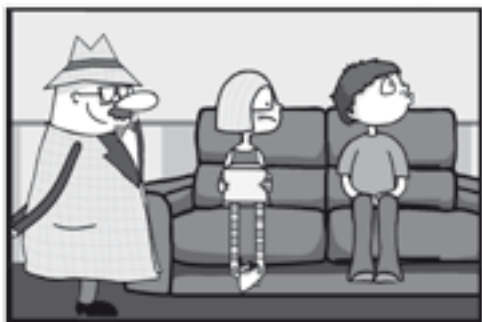
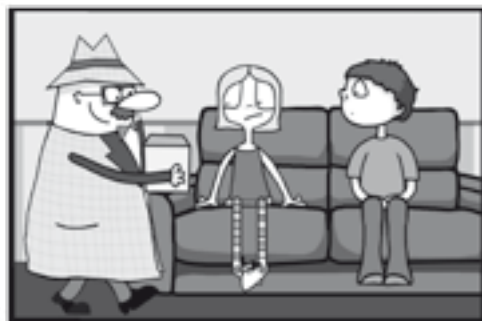
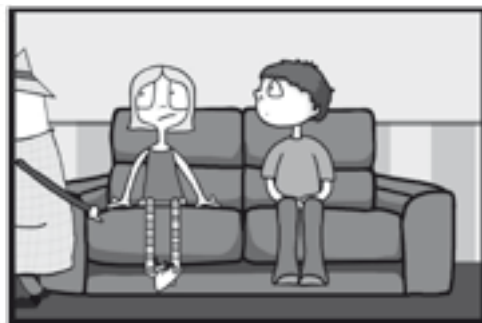
—Entonces, ¿te lo vas a quedar? —quiso saber mi padre.

—Tampoco he dicho eso.

—Pues venga, decídetes —me apremió Ron—. Si tú no lo quieres, me lo llevo yo. Es precioso.

—Que no he dicho que no lo quiera, ¿está claro? —Y metí las manos en la caja y cogí al diminuto gatito que, aparte de blanco y negro, era una monada—. Te llamaré *Dardo* II —añadí sin saber que aquel minino iba a ser el que me llevaría a dar con la clave del asunto de la extraña desaparición de los gatos.





3



Le dije a Ron que se fuera ya a su casa, que era muy tarde y que mañana viniera a buscarme a eso de las diez. A continuación, dejé a *Dardo II* en el suelo, que soltó un «miau», y me dio la risa al ver como caminaba. Era tan pequeño que las patas traseras se le escurrían hacia los lados y parecía que estuviera patinando.

Al cabo de un rato, después de ayudar a mi padre a preparar la cena (o mejor dicho, a evitar que ocurriera algún accidente grave en la cocina), nos sentamos a la mesa del comedor y encendimos la tele. Estaban dando las noticias y, de nuevo, salía lo de la fuga del Bigotes. Mi padre me mandó callar, aunque no estaba hablando.